

La primera piedra, el mito de la impunidad en México

*“En México, el que no transa, no avanza”
Retorcida conseja popular*

¿Es la impunidad efectivamente la semilla de la corrupción en México? Probablemente sí. El problema es que no puede ser la explicación simplista de siempre.

Hay quienes la ubican en un 96 por ciento y otros que la consideran de un 98 por ciento. Es decir, que apenas cuatro o en su defecto dos de cada 100 individuos que cometen un delito, reciben el merecido castigo.

Sean dos o cuatro, el caso es que estamos ante un severo problema de descomposición social que nos convierte en una sociedad indolente ante una estadística que tendría que ser motivo de escándalo nacional. La cifra, con sus matices dependiendo de quien la cita, es la misma desde hace varios años y poco hemos avanzado en reducirla.

La otra explicación igual de simple es limitar el combate a la impunidad a una falta de “*voluntad política*” para conseguirlo.

Como si la impunidad solamente tuviera que ver con nuestra clase política o los gobernantes en turno que tienen en sus manos la aplicación de las medidas administrativas, de gobierno o judiciales, para hacer justicia.

La impunidad es un concepto mucho más amplio que atañe a toda la sociedad.

¿Cuándo un automovilista violenta los reglamentos viales y ofrece una mordida a un agente vial para evitar una multa, quien es afectado por el acto impune?

¿El conductor que elude la ley?

¿El agente que acepta la dádiva?

¿La ley que es olímpicamente ignorada?

¿O la sociedad que falla en los mecanismos ideados para garantizar la civilidad en la ciudad?

Por eso mezclo la cita bíblica de la primera piedra: “el que esté libre de pecado, que arroje la primera piedra”, con el supuesto mito de la impunidad.

No es que niegue la existencia de la impunidad, ésta la padecemos todos los mexicanos casi todos los días en distintas manifestaciones. Lo que sostengo es que no puede justificarse la mayor parte de nuestros problemas con la resignada explicación de que es la impunidad la que frena casi todo.

Reconocer su existencia, amerita una acción inmediata. No es posible cruzarnos de brazos sin hacer nada.

Si es la impunidad la semilla de todos nuestros males, pongamos el remedio a partir de formar mejores ciudadanos.

Y si buena parte de esta impunidad proviene de quien tiene en sus manos la aplicación de las leyes y la administración de los bienes públicos, comencemos por el más grande ajuste de cuentas hoy mismo.

Buena parte de la impunidad de incuba en el tiempo. Dejar pasar las horas, los días, las semanas y los años, no abona en nada a este combate.

Para hacer frente a tamaño problema, ¿era necesaria una ley anticorrupción en México? ¿Era necesario crear oficinas o zares anticorrupción?

¿Las leyes vigentes no son suficientes? Aquí algunos botones de muestra:

(Anexo)

Es claro que la impunidad requiere un cambio de actitud. Del gobernante que muestre voluntad política para combatirla, pero que se vea reflejada en actos desprovistos de acciones partidistas, venganzas personales o revanchas oscuras.

Que se demuestre en los hechos con mayores recursos para los órganos fiscalizadores y una transparencia en el ejercicio público. Y de la ciudadanía en general con la claridad de saber que no es correcto aplicar el retorcido concepto del otro apotegma que le atribuyen a Juárez: “A los amigos justicia y gracia; a los enemigos justicia a secas”.

Si hay gracia, ya no es justicia y también es otro reflejo de la impunidad.